

PREDICACIÓN EN LA FIESTA DE SAN VICENTE FERRER EN LA CATEDRAL

Los estudiosos de la religión nos dicen que, para que las creencias arraiguen en las personas, precisan de cierto asentamiento social. Esto es lógico. El ser humano es un ser relacional que se construye a lo largo de un fascinante proceso de personalización y de socialización. Decir persona es decir apertura, relación y encuentro con los demás; al mismo tiempo, en el intercambio social (familia, escuela, amistades, cultura, trabajo etc.), la persona conquista o llega a ser quien es en verdad. Como es natural pensar, la persona creyente implementa su identidad en un proceso análogo. A través de él, entabla y desarrolla vínculos de fe dentro del contexto social al que pertenece; en este caso, la familia, la sociedad, los amigos, pero, sobre todo, la Iglesia.

Vicent Ferrer nace en una familia y en una sociedad cristianas. La fe en el Dios de Jesucristo, confesada en y por la Iglesia, era el marco de referencia común en la época de cristiandad en la que le tocó vivir. En ella, el mundo social, la esfera política y el ámbito religioso mantenían relaciones tan estrechas que resultaba difícil distinguirlos con claridad. Este contexto era proclive a la fe y, por eso, favorecía la identificación con figuras modélicas dentro del mundo creyente y eclesial. Particularmente, con las del sacerdote, del religioso o del santo. Vicente Ferrer fue fraile predicador. Según lo que estamos diciendo, la raíz religiosa de la sociedad valenciana del siglo XIV favoreció el nacimiento de su vocación cristiana como dominico, creando, igualmente, las mimbres de su futura santidad.

Sin embargo, por correcto que sea, no basta con referirse a un esquema de sociología del hecho religioso para dar cuenta del perfil creyente del *Pare Vicent*. Hay que aproximarse más y colocar una lupa de aumento en el contexto particular en el que se hizo cristiano para descubrir otros datos que expliquen con mayor detalle la singularidad de su vocación. En esta dirección proponemos dirigir la mirada a dos lugares clave de la ciudad de Valencia relacionados con su biografía: la *Casa Natalicia*, en la que viera la luz a este mundo y el *Real Convento de Predicadores*, en el que iniciara la vida dominicana. En referencia a ellos, resaltaremos el papel de la cercanía, la visibilidad y el testimonio en el origen de la vocación cristiana y religiosa del Maestro Ferrer.

El hogar de los Ferrer, formado por Guillermo y Constanza y sus ocho hijos, fue el contexto próximo en el que Vicente creció como ser humano y como cristiano. En la lógica de nuestro discurso, cabe considerar la Casa (*el Pouet*) del futuro fraile predicador, como la iglesia doméstica en la que, tras su bautismo en la parroquia de San Esteban, se abrió progresivamente al misterio de la fe con el ritmo de la maduración humano-espiritual correspondiente, primero a un niño, luego a un adolescente y, finalmente, a un joven. Aquel espacio familiar cristiano creó las condiciones adecuadas para la transmisión y la asimilación de la identidad creyente, pues proporcionó a Vicente el ambiente cabal para hacer suyo (personalizar) lo que se le comunicaba desde el grupo familiar (socializar).

Y es que la fe sólo puede transmitirse íntegramente si, quien la intenta ofrecer, la acredita. Es decir, si el transmisor muestra que la fe es un bien valioso, apatecible, digno del ser humano. Esta acreditación crea el clima idóneo para que el misterio de la apertura personal a la fe acontezca y se inicie la aventura creyente. Los padres del niño Vicente, en el hogar, le enseñarían desde edad muy temprana muchas cosas en torno al catecismo, a la misa y a las oraciones del cristiano. Pero eso, que era condición necesaria para la fe de su hijo, sin embargo, no era suficiente. Y no lo era, porque la fe, sobre todo, es un encuentro personal con Jesús, no el aprendizaje de un conjunto de verdades y de prácticas, por santas y buenas que sean. Con todo, es preciso reconocer que, en este proceso, hay una equilibrada circularidad. Nos referimos al hecho de que la relación personal entre el creyente y Dios, que es la fe, se auspicia o favorece en la dinámica de una correcta atestación social. En esta, el testimonio de vida, junto a la enseñanza y la práctica religiosa, juegan un rol relevante. En nuestro caso particular, la acreditación cercana, visible y testimonial de los padres de Vicente en el hogar, unida a la catequización, fue capital. Por eso, en este ambiente favorable, nuestro santo, en algún momento del proceso, pudo decir lo mismo que exclamara el niño Samuel, tras ser orientado por el sacerdote Elí, *¡habla, Señor, que tu siervo escucha!* (1 Sa 3, 10) Y así, Vicente comenzó a ser un cristiano cada vez más maduro y con personalidad propia. La fe cristiana del *Pare Vicent*, pues, es deudora, amén de la gracia de Dios, de la fe que se vivía en su casa paterna (el *Pouet de sant Vicent*). Pero... hay más.

El hogar de los Ferrer (por cierto, tan visitado por los valencianos en una jornada como la de hoy) estaba muy cercano al Real Convento de Predicadores, sito en la llamada hoy Plaza de Tetuán. Este era un magnífico edificio que se había comenzado a edificar tras la conquista de la ciudad por parte del rey Jaime I en 1238. Se dice que Vicente, de chico y en ocasiones, se entretenía jugando por alguno de sus majestuosos claustros. Sea como fuere, esa cercanía y el contacto con los frailes predicadores fue también fundamental para la socialización y la asimilación personal de la fe por parte del *Pare Vicent*. Sobre todo, en lo referente al desarrollo de su condición cristiana y, en particular, al despertar de su vocación dominicana.

En efecto, la cercanía, la visibilidad y el testimonio de la fe que Vicente hallara en los frailes predicadores de aquel convento fue capital para la concreción de su identidad cristiana. Y es que la cercanía a una forma de ser cristiano en la Iglesia, como la de aquellos frailes, visibilizaba, ante el pequeño, el adolescente y el joven Vicente, un modelo, específico y acreditado, de seguimiento de Jesús; modelo que había aparecido en la Iglesia en el primer tercio del siglo XIII y que entonces se hallaba en plena pujanza expansiva. Además, hemos de caer en la cuenta del hecho de que, de la cercana visibilidad de un modelo cristiano al testimonio, va un paso pequeño que, si se da, es decisivo.

La fe ha de ser predicada y acreditada para favorecer su transmisión. Es lo que venimos repitiendo. El crédito viene del entorno social propiciado por otros creyentes. Este pone en evidencia, visibiliza, el valor de la fe, convirtiéndose en una dramatización reveladora de aquella. Cuanto más buena y mejor sea esta dramatización, la visibilidad de la fe será mayor y, por tanto, más significativa e

interpelante. En esta dinámica, la visibilidad, de pronto, se torna testimonio, una categoría fundamental dentro del mundo cristiano.

El testimonio, como sabemos, en el griego bíblico del Nuevo Testamento nos introduce en el campo semántico del martirio. Este es la forma radical de visibilización dramática de la fe. Con todo, hay también acepciones de testimonio que no llegan tan lejos. Testigo-creyente es, igualmente, quien habla comprometidamente de la fe con su propia vida, aunque no derrame su sangre por Cristo. Así, el testimonio cristiano se presenta como una prueba de la veracidad del anuncio de la fe extraída de la existencia del creyente. Es decir, entraña una plena comunión entre el creyente y Aquel en quien se cree, pues este constituye el núcleo de la creencia y del mensaje proclamado. Esta comunión avala el valor de la fe.

En el itinerario de fe de Vicente Ferrer, la cercanía visible de la vida dominicana en el Real convento de Predicadores se convirtió en un testimonio vivo, gracias al cual pudo discernir la voz del Señor llamándole a seguirle junto a aquellos frailes. ¿Qué es lo que pudo descubrir en aquel testimonio? Por su trayectoria posterior, cabe pensar que Vicente quedó impactado por dos elementos sustanciales del carisma dominicano: el estudio contemplativo y, sobre todo, la predicación itinerante.

Estudio y predicación van de la mano en la Orden de Predicadores. El estudio forma parte de ese movimiento de interiorización de la experiencia de Dios, que se llama contemplación. Esta se cultiva por diversas vías. Una de ellas es el estudio. Se trata de estudiar, en primer lugar, para conectar mejor con el proyecto de Dios contenido en la Escritura; un proyecto que vive y celebra el fraile en el convento con sus hermanos, pero que, gracias al estudio, ahonda más para, así, comunicarlo después con mayor eficacia allí donde sea necesario. Es decir, el estudio contemplativo dominicano no es un fin en sí mismo, sino un medio al servicio de la predicación. La síntesis del carisma de la Orden de Predicadores, en expresión de Tomás de Aquino, es: «contemplar y dar lo contemplado». Se podría decir que Vicente quedó impactado por este programa y quiso hacerlo suyo. De esta manera, el testimonio carismático de la interiorización contemplativa para la comunicación predicadora, fue determinante para el futuro de nuestro santo. Vicente Ferrer entra al noviciado en el Real convento de Predicadores a la edad de 17 años y se prepara para contemplar (orando y estudiando) y predicar en la sociedad del último tercio del siglo XIV y de principios del XV...

La vida dominicana del *Pare Vicent* tiene varias etapas. Lo sabemos. La más célebre, probablemente, sea la última, la de predicador itinerante (1399-1419). La primera de esas etapas está marcada por el estudio y la enseñanza (Valencia, Lérida, Barcelona, Toulouse, otra vez Valencia). Hay que ver entre estas dos etapas una conexión natural. Sin esa fuerte preparación filosófica y teológica anterior, nuestro santo no habría podido desarrollar más tarde aquella incansable labor de anuncio evangélico por Europa. Lo cual, desde luego, no quiere decir que el Maestro Ferrer dejara de estudiar en las otras etapas de su vida.

Para *sant Vicent*, como dominico, lo más valioso era la predicación. Y una predicación itinerante a ejemplo de Jesucristo, de los Apóstoles y de Domingo de Guzmán. El estudio estaba a su servicio y la informaba. Y es que había asimilado perfectamente que la predicación era el oficio del Verbo encarnado; oficio que Domingo de Guzmán recibiera y transmitiera a sus frailes en los orígenes de la Orden de Predicadores. Esta tarea hacía de la vida dominicana una vida plenamente apostólica, a imitación de la primera comunidad en Jerusalén. No extrañe, pues, que *Sant Vicent*, interpelado por el testimonio de este género de vida, lo abrazara con entusiasmo y, en la etapa final de su existencia, entendiera que, de un modo singular, estaba llamado a emprender una determinada labor predicadora como apóstol de Cristo (*Legado a Latere Christi*).

De este modo, la comunión de la contemplación y la predicación en *sant Vicent*, sobre todo en el tramo postrero de su existencia, fue modelando al discípulo y al maestro; al fraile y al hijo de la Iglesia; al seguidor y al testigo. Así, poco a poco, su predicación, su “decir bien” (bendecir) el proyecto salvador de Dios, llamó cada vez más la atención. Y es que en su predicar, como en el de Jesús de Nazaret, había autoridad. Esta autoridad, además, la confirmaban los milagros que acreditaban, con poder trascendente, la palabra proferida. Todo esto, a su vez, facilitaba que *la bona gent*, aunque fuera de distintos lugares, culturas y lenguas, le entendiera y se sintiera afectada por su mensaje. *Sant Vicent*, en suma, fue creíble porque en él actuaba la sorprendente fuerza del Dios del Reino y de su heraldo Jesucristo. Nuestro santo, de esta manera, se convirtió en un auténtico testigo, cercano y visible, de la fe que, lógicamente, ayudó a que se socializara y personalizara la experiencia creyente de muchos.

Aquí estamos hoy congregados muchos valencianos haciendo memoria de uno de los más célebres miembros de nuestro pueblo. Alguien que, además, se ha convertido en un hombre universal. Un referente. Con todo, puede que su reconocida figura resuene de forma distinta entre nosotros o posea, a nuestros ojos, diversos significados. Incluso, es probable que algunos de los presentes, aunque estemos en un contexto religioso, no sean creyentes o que su fe esté adormecida. Sea como fuere, y dadas las circunstancias, creo que todos, sin excepción, nos podríamos plantear algunas preguntas que pudieran acercar a nuestras vidas a quien estamos recordando: ¿qué es lo que nos llama la atención de este hombre? ¿por qué recordarlo después de tanto tiempo? ¿qué hace que sea especial? ¿por qué ha pasado a la historia? ¿me/nos aporta algo?

Mi predicación ha incidido sobre un punto concreto. Un punto que tiene que ver con la fe. Es evidente que, para mí, es el que aglutina la riqueza de todas las facetas que hacen admirable a este valenciano universal. Esta fe, como he intentado mostrar, desvela en *Vicent Ferrer* la lógica cristiana: la obra de Dios acontece en la obra humana. De esa lógica brota la convicción creyente de que la fe humaniza y da crecimiento a la persona; convicción que, a su vez, se cimienta en la verdad de la encarnación: no hay nadie tan humano como Dios en la existencia concreta de Jesús de Nazaret.

Precisamente por esta realidad humana en la que Dios se nos da, he querido destacar la relevancia de la raíz social y personal de la fe. No es que todo dependa de nosotros. En las cosas de Dios nunca es así, porque Él siempre nos precede y es más. Pero, también es verdad que, en la transmisión de lo que es suyo, Dios se adapta a nuestro modo de ser, a nuestra condición y a nuestros ritmos. De ahí la relevancia de la cercanía, la visibilidad y del testimonio de personas con nombre y apellidos para que otros puedan llegar al milagro del encuentro con Dios. Si somos creyentes ¿no nos ha sucedido así?

Y, ahora, quiero dirigirme en particular a los que nos declaramos cristianos, formulando en voz alta algún interrogante: al celebrar la fiesta de sant Vicent, ¿no hemos de dejarnos sacudir por su testimonio? ¿No hemos de preguntarnos con sinceridad si acreditamos la buena nueva de Jesucristo en casa, en el trabajo, en la sociedad para que pueda transmitirse la fe? ¿Avalamos o velamos la fe en este complejo mundo en el que nos toca vivir y en el que, ciertamente, esta no constituye un marco de referencia aceptado por todos? En suma, como Iglesia, ¿ofrecemos un suelo vital en el que pueda arraigar la fe personal de otros?...

Termino. Cercanía, visibilidad y testimonio de la fe en el *Pouet* (familia) y en el *convent dels predicadors* (Iglesia), explican la vida cristiana y dominicana de nuestro Santo. Cercanía, visibilidad y testimonio siguen siendo categorías claves para la comunicación de la fe y el nacimiento de la vocación cristiana. Y, si cabe, mucho más en nuestros días que en los de Sant Vicent, dado el contexto que nos toca vivir. Un contexto en el que la fe apenas cuenta y, en consecuencia, encuentra más dificultades para arraigar socialmente. ¿No tendríamos que darnos cuenta de esto quienes tenemos a gala ser devotos del *Mestre Vicent*?